

## Nota biográfica

### Poeta, es decir revolucionario.

Benjamin Péret (1899-1959) quizá el mayor poeta surrealista, comprometido durante toda su vida con la revolución surrealista y con la revolución social, nace en Rézé (Francia) en el seno de una familia modesta, vida modesta que nunca dejará. Enrolado, a instancias de su madre, en la Gran Guerra, es desmovilizado a finales de 1919. Llega a París y milita en el movimiento Dadá, con el que romperá en 1922 junto a Desnos, Breton, Aragon, Eluard. En 1924 dirige con Pierre Naville *La révolution surrealiste*, y publica los poemas *D'Immortale maladie*. En 1927 se afilia al PCF, con el que pronto romperá para militar en la Oposición de izquierda, y publica *Dormir, dormir dans les pierres* y *Au gran jour*. Al año siguiente aparece *Le gran jeu*.

Casado con Elsie Houston, cantante brasileña, llega a Brasil en 1929, donde permanecerá hasta 1931, cuando es encarcelado y expulsado por su militancia trotskista. Durante esta su estancia en Brasil publica en 1930 *Candomblé e Macumba* en el Diario da Noite, y empieza a recoger materiales sobre mitos y leyendas populares de América.

Ya desde París viaja a España donde asiste con Breton a la Exposición Internacional del Surrealismo, celebrada en Santa Cruz de Tenerife. En agosto de 1936 vuelve a España en plena insurrección proletaria. En marzo de 1937 lucha en el frente de Aragón en el batallón Nestor Makhno de la División Durruti. En 1937 regresa a París. En 1936 había publicado *Je ne mange pas de ce pain-là* y *Je sublime*.

En 1940 es detenido en Francia como agitador internacionalista y antimilitarista y es encarcelado en la prisión de Rennes, donde redacta lo que será la introducción a su *Anthologie des mythes, légendes et contes populaires d'Amérique*, trabajo que había comenzado en los años 1930 durante su primera estada en Brasil, y que no se publicará hasta después de su muerte. Cuando el avance de las tropas alemanas es liberado. Vive un tiempo en la clandestinidad en París hasta que en 1941 logra refugiarse en Marsella, desde donde sale en compañía de su nuevo amor Remedios Varo hacia México en enero de 1942. Permanecerá en México hasta 1947 militando en el trotskismo junto a su amigo G. Munis con quien escribe *Los sindicatos contra la revolución*.

En 1945 publica *Le déshonneur des poètes*, obra que arma un gran revuelo en Francia. Acababa de salir el opúsculo *L'honneur des poètes*, poesía de la resistencia, que para Péret no era ni poesía ni resistencia pues ensalzaba la deriva nacionalista y no la revolucionaria y convertía la poesía en un adoctrinamiento y al poeta en agente de publicidad y propaganda. En 1948, Péret y la tendencia G. Munis rompen con la IV Internacional.

Benjamin Péret regresa en 1949 a Francia, ya sin Remedios Varo con la que ha roto, donde trabajará como corrector de imprenta y continua su militancia en las fracciones trotskistas GCI y UOI. En 1953 se publica *Mort aux vaches et au champ d'honneur*. En agosto de 1954 viaja a España para hacer campaña a favor de G. Munis y Jaime Fernández condenados por Franco.

En junio de 1955 viaja de nuevo a Brasil donde retoma su trabajo sobre los mitos de América y donde permanecerá hasta 1956 cuando es detenido. En la revista Anhembi publica *Que foi o Quilombo de Palmares*, crónica de los esclavos fugitivos de las plantaciones. En agosto regresa a Francia.

En 1955 aparece *Le livre de Chilam Balam* y en 1956 *Anthologie de l'amour sublime*. Su *Anthologie des mythes, légendes et contes populaires d'Amérique*, con el texto introductorio que había redactado en 1941 en la cárcel de Rennes y circulaba como texto teórico (*La Parole est à Péret*), no se publicará hasta después de su muerte.

Hospitalizado en la primavera de 1959, muere el 18 de septiembre en el hospital. En su tumba, en el cementerio de Batignolles, se lee el epitafio: "Je ne mange pas de ce pain-là".

## **El deshonor de los poetas (\*)**

Si se indaga en la significación original de la poesía, actualmente disimulada bajo los mil oropeles de la sociedad, se constata que es el verdadero aliento del hombre, la fuente de todo conocimiento y este mismo conocimiento, bajo su aspecto más immaculado. En ella se condensa la vida espiritual de la humanidad en su totalidad, desde que ha comenzado a tomar conciencia de su naturaleza; en ella palpitan ahora sus más altas creaciones y, tierra por siempre fecunda, guarda perpetuamente en reserva los cristales incoloros y las cosechas del mañana. Divinidad tutelar de mil rostros, se la llama aquí amor, allí libertad, en otros lados ciencia. Continúa siendo omnipotente, borbotea en el relato mítico de los esquimales, estalla en la carta de amor, ametralla al pelotón de ejecución que fusila al obrero en el momento en que exhala el último suspiro de revolución social y por lo tanto de libertad, chisporrotea en el descubrimiento del investigador científico, desfallece, exangüe, hasta en las más estúpidas producciones que se reclaman de ella y de su recuerdo; elogio que podría ser fúnebre, corroído por las palabras momificadas de su asesino el sacerdote y que el creyente escucha persiguiéndola, ciego y sordo, en la tumba del dogma, donde la poesía no es sino una falaz ceniza.

Sus innumerables detractores, verdaderos y falsos sacerdotes, más hipócritas que los sacerdotes de todas las religiones, falsos testigos de todos los tiempos, la acusan de ser un modo de evasión, de huída ante la realidad, como si ella no fuese la realidad misma, su esencia y su exaltación. Incapaces de concebir la realidad en su conjunto y en sus complejas relaciones, no quieren considerarla sino en su aspecto más inmediato y en el más sórdido. Perciben únicamente el adulterio sin experimentar jamás el amor, el avión de bombardeo sin acordarse de Ícaro, la novela de aventuras sin comprender su aspiración poética permanente, elemental y profunda, con una vana ambición por satisfacerla. Desprecian el sueño en provecho de su realidad como si el sueño no fuera uno de sus aspectos y aún el más conmovedor, exaltan la acción a expensas de la meditación como si la primera sin la segunda no fuese un deporte tan insignificante como todo hecho deportivo. En otros tiempos, oponían el espíritu a la materia, su dios al hombre; actualmente defienden la materia contra el espíritu. De hecho, es gracias a la intuición que ellos tienen el beneficio de la razón, olvidando de dónde esta razón proviene.

Los enemigos de la poesía han tenido en todas las épocas la obsesión de someterla a sus fines inmediatos, de rebajarla ante su dios o bien actualmente, encadenarla al pregón de la nueva divinidad parda o “roja” –rojiparda de sangre desecada– más sangrienta aún que en la antigüedad. Para ellos, la vida y la cultura se resumen en útil e inútil, sobreentendiéndose que aquí lo útil toma la forma de un azadón manejado a guisa de su beneficio. Para ellos la poesía no es más que un lujo del rico, aristócrata o banquero, y si se quiere hacerla pasar por “útil” a la masa, debe resignarse a la suerte de las artes “aplicadas”, “decorativas”, “dirigidas”, etc.

Pero a pesar de todo, intuitivamente, intuyen que es el punto de apoyo reclamado por Arquímedes y temen que, al sublevarse, el mundo les pueda caer en la cabeza. De allí su ambición en degradarla, en privarla de toda eficacia, de todo valor de exaltación, para otorgarle el papel hipócritamente consolador de una hermanita de la caridad.

Pero el poeta no está para mantener con el prójimo una ilusoria esperanza humana o celestial, ni para desarmar a los espíritus insuflándoles una confianza sin límites en un padre o en un jefe contra el cual toda crítica deviniese sacrilegio. Por el contrario, le corresponde pronunciar palabras siempre sacrílegas y blasfemias permanentes. Antes que nada, el poeta debe tomar conciencia de su naturaleza y de su lugar en el mundo. Inventor para quien el descubrimiento no es más que el medio de alcanzar un nuevo descubrimiento, debe combatir sin descanso a los dioses paralizantes encarnizados en mantener al hombre bajo su servidumbre en relación con los poderes sociales y la divinidad, los cuales se complementan mutuamente. Será entonces revolucionario, pero no de los que se enfrentan al tirano actual, a juicio de ellos nefasto porque se opone a sus intereses, para ensalzar al opresor del mañana del que ya se han constituido en sus servidores. No, el poeta lucha

contra toda forma de opresión: la del hombre por el hombre en primer lugar y la opresión de su pensamiento por los dogmas religiosos, filosóficos o sociales. Combate para que el hombre alcance un conocimiento para siempre perfectible de sí mismo y del universo. No se debe colegir con esto que deba desear poner la poesía al servicio de una acción política, inclusive revolucionaria. Pero su cualidad de poeta lo convierte en un revolucionario que debe combatir en todos los terrenos: el de la poesía, con los medios propios de ésta, y en el terreno de la acción social sin confundir jamás los dos campos de acción, so pena de restablecer la confusión que se trata de disipar y, por lo tanto, de dejar de ser poeta, es decir revolucionario.

Guerras como la que sufrimos no serían posibles sino en vista de una conjunción de todas las fuerzas de la regresión y ello significa, entre otras cosas, un freno al progreso cultural propiciado por esas fuerzas de la regresión que amenazan a la cultura. Esto es demasiado evidente para que haga falta insistir. De esta derrota momentánea de la cultura, se deduce fatalmente un triunfo del espíritu de reacción, y, en primer lugar, del oscurantismo religioso, coronamiento necesario de todas las reacciones. Tendríamos que remontarnos muy lejos en la historia para encontrar una época donde Dios, el Todopoderoso, la Providencia, etc., hayan sido tan frecuentemente invocados por los jefes de estado o en su beneficio. Churchill casi no pronuncia discursos sin asegurarse su protección, Roosevelt ha hecho lo mismo, De Gaulle se coloca bajo la advocación de la cruz de Lorena, Hitler invoca cada día a la Providencia y metropolitanos de todas las especies, de la mañana a la noche, agradecen al Señor por el servicio stalinista. Lejos de constituir una manifestación insólita, su actitud consagra un movimiento general de regresión al mismo tiempo que es reveladora de su estado de pánico. En el transcurso de la guerra anterior, los curas de Francia declaraban solemnemente que Dios no era alemán mientras que, del otro lado del Rhin, sus congéneres reclamaban para él la nacionalidad germánica y las iglesias de Francia, por ejemplo, nunca han tenido tantos fieles como desde el comienzo de las presentes hostilidades.

¿De dónde proviene este renacimiento del fideísmo? Ante todo, de la desesperación engendrada por la guerra y por la miseria general: el hombre ya no vislumbra una salida en la tierra para su horrible situación o no la ve todavía y busca en un cielo fabuloso un consuelo para sus desgracias materiales, que la guerra ha agravado en proporciones inauditas. Todavía en la época inestable denominada de paz, las condiciones materiales de la humanidad, que habían suscitado la constante ilusión religiosa, subsistían aunque atenuadas y reclamaban imperiosamente una satisfacción. La sociedad presidía a la lenta disolución del mito religioso sin poder sustituirlo con nada, excepto con las sacras cívicas: patria o jefe.

Algunos, frente a estos *ersatz* en favor de la guerra y de las condiciones de su desenvolvimiento, han permanecido desamparados, sin otro recurso que un retorno puro y simple a la fe religiosa. Otros, estimándola insuficiente y en desuso, han procurado sustituirla por nuevos productos míticos o bien han tratado de regenerar los antiguos mitos. De allí la apoteosis general en el mundo, por un lado, del cristianismo, y, por otra parte, de la patria y el jefe. Pero la patria y el jefe, como la religión de la que son a la vez hermanos y rivales, no tienen hoy en día otro recurso para reinar sobre los espíritus que por medio de la coacción. Su triunfo presente, fruto de un recurso de avestruz, lejos de significar un glorioso renacimiento, presagia su fin inminente.

Esta resurrección de Dios, de la patria y del jefe, ha sido también el resultado de la extremada confusión de los espíritus, engendrada por la guerra y mantenida por sus beneficiarios. Por consecuencia, la fermentación intelectual engendrada por esta situación, en la medida en que se abandona a la corriente, permanece enteramente regresiva, afectada de un coeficiente negativo. Sus productos continúan siendo reaccionarios, ya sea que se trate de "poesía" de propaganda fascista o antifascista o de exaltación religiosa. Afrodisíacos de viejo, no aportan sino un vigor fugitivo a la sociedad sólo para aplastarla mejor. Estos "poetas" no participan en nada del pensamiento creador de los revolucionarios del año II o de la Rusia de 1917, por ejemplo, ni de los místicos y heréticos de la Edad Media, porque están destinados a provocar una exaltación ficticia en la masa, mientras que aquéllos revolucionarios y místicos eran el producto de una exaltación colectiva real y profunda

que ellos traducían en sus palabras. Expresaban por ese modo el pensamiento y la esperanza de todo un pueblo imbuido del mismo mito o animado por el mismo impulso, mientras que la “poesía” de propaganda tiende a insuflar un poco de vida a un mito agonizante. Cánticos cívicos, ellos tienen la misma virtud soporífera que sus patronos religiosos, de los cuales heredaron directamente su función conservadora, porque si la poesía mítica y luego mística ha creado la divinidad, el cántico explota esa misma divinidad. Así como el revolucionario del año II o de 1917 creaban una nueva sociedad, el patriota y el stalinista de la actualidad medran con ella.

Confrontar a los revolucionarios del año II y de 1917 con los místicos de la Edad Media no equivale en modo alguno a situarlos en un mismo plano, pero al intentar hacer descender a la tierra el paraíso ilusorio de la religión, los primeros no habían dejado de manifestar procesos psicológicos similares los que se descubren entre los segundos. Y aún es necesario distinguir entre los místicos, que a pesar de sí mismos tienden a la consolidación del mito y preparan involuntariamente las condiciones que conducirán a su reducción al dogma religioso, y entre los heréticos, cuyo papel intelectual y social es siempre revolucionario porque cuestiona los principios sobre los que el mito se apoya para momificarse en dogma. Efectivamente, si el místico ortodoxo (pero, ¿puede hablarse de místico ortodoxo?) traduce un cierto conformismo relativo, por el contrario el herético expresa una oposición a la sociedad en la que vive. Solamente los sacerdotes serían entonces dignos de ser considerados al mismo título que los sostenedores actuales de la patria y el jefe, porque desempeñan la misma función parasitaria respecto del mito.

No encuentro otro mejor ejemplo de esto que precede, que un pequeño folleto aparecido recientemente en Río de Janeiro: *El honor de los poetas*, que comporta una selección de poemas publicados clandestinamente en París durante la ocupación nazi. Ninguno de estos “poemas” supera el nivel lírico de la publicidad farmacéutica y no es por casualidad que sus autores se hayan creído, en su inmensa mayoría, en el deber de retornar a la rima y al alejandrino clásicos. La forma y el contenido guardan necesariamente entre sí una relación de las más estrechas y, en estos “versos”, actúan mutuamente en una loca carrera hacia la peor reacción. Es, en efecto, significativo, que la mayoría de estos textos asocien estrechamente el cristianismo y el nacionalismo, como si quisieran demostrar que el dogma religioso y el dogma nacionalista tuviesen un origen común y una idéntica función social. El título mismo del folleto, *El honor de los poetas*, considerado en relación con su contenido, toma un sentido extraño a toda poesía. En definitiva, el honor de estos “poetas” consiste en dejar de ser poetas para pasar a convertirse en agentes de publicidad.

En el caso de Loys Masson la alianza religión-nacionalismo comporta una proporción más grande de fideísmo que de patriotismo. De hecho, se limita a adornar expresiones del catecismo:

*Cristo, concede a mi plegaria el poder  
de extraer fuerzas de las raíces profundas  
Concédeme merecer esta luz de mi mujer en mi costado  
Que vuele sin flaquear hacia ese pueblo  
de prisiones  
Que ella bañe como María sus  
cabellos.  
Sé que detrás de las colinas tu paso largo  
avanza.  
Escucho a José de Arimatea machacar  
arrobado las mieses sobre la Tumba  
Y a la viña cantar entre los brazos rotos  
del ladrón en la cruz.  
Te veo: como tocado por el sauce y la  
yerba doncella  
La primavera se posa en las espinas de la*

*corona.  
Ellas están ardiendo:  
Encendámonos de liberación, encendámonos viajeros  
¡ah! que nos traspasen y nos consuman  
si su camino es hacia las prisiones.*

La dosificación es la misma en Pierre Emmanuel:

*Oh Francia vestido sin costura de la fe  
manchado de tráfugos pies y escupitajos  
Oh vestido de suave aliento que desgarrar ferozmente  
la dulce voz de los insultantes  
Oh vestido del más puro lino de la esperanza  
Eres siempre el único vestido para todos aquellos  
que conocen el precio de estar desnudos ante Dios...*

Habitado a los así sea y a los incensarios stalinistas, Aragon no consiguió, a pesar de todo, aliar a Dios y a la patria como los precedentes. No se encontró con el primero, si se me permite decirlo de esta manera, sino tangencialmente, no obteniendo más que un texto que ha hecho palidecer de envidia al autor de la cantinela radiofónica francesa: “Un mueble de la casa Leviatán se garantiza por mucho tiempo”:

*Hubo un tiempo para el sufrimiento  
Cuando Juana llegó a Vaucouleurs  
¡Ah! cortad en pedazos a Francia  
El día tenía esa palidez  
Continúo siendo el rey de mi dolor.*

Pero ha sido Paul Eluard quien supo ser, entre todos los autores de este folleto, el único poeta, aquél a quien se debe la letanía cívica más acabada:

*Sobre mi perro glotón y dulce  
Sobre sus orejas levantadas  
Sobre su pata desmañada  
Escribo tu nombre.  
Sobre el quicio de mi puerta  
Sobre los objetos familiares  
Sobre la llama de fuego bienaventurada  
Escribo tu nombre...*

Es apropiado subrayar incidentalmente aquí que la forma de letanía aflora en la mayoría de estos “poemas”, sin duda a causa de la idea de poesía y lamento que implica y del gusto perverso por la desgracia que la letanía cristiana tiende a exaltar, en vista de merecer las felicidades celestiales. Incluso Aragon y Eluard, ateos antaño, se creen obligados, uno de ellos, a evocar en sus producciones a los “santos y los profetas”, a la “tumba de Lázaro” y el otro de recurrir a la letanía, sin duda para obedecer a la famosa consigna: “Los curas con nosotros”.

En realidad todos los autores de este folleto parten sin confesarlo y sin confesárselo, de un error de Guillaume Apollinaire, e inclusive lo agravan. Apollinaire había querido considerar a la guerra como sujeto poético. Pero si la guerra, en tanto que combate y despojada de todo espíritu nacionalista, puede en rigor constituir un sujeto poético, no es lo mismo una consigna nacionalista

aunque se hubiese tratado de una nación como Francia, salvajemente oprimida por los nazis. En ese sentido, la expulsión del opresor y la propaganda, constituyen un medio de acción política, social o militar, de acuerdo a como se considere esa expulsión, de una u otra manera. En todo caso la poesía no debería intervenir en el debate sino a través de su propia acción, por medio de su misma significación cultural, quedando los poetas en libertad de participar, en tanto que revolucionarios, de la derrota del adversario nazi por medio de métodos revolucionarios, sin nunca olvidar que esa opresión corresponde al anhelo, confesado o no, de todos los enemigos de la poesía –nacionales en primer lugar, extranjeros después–, de la poesía comprendida como liberación total del espíritu humano, porque, parafraseando a Marx, la poesía no tiene patria ya que es de todos los tiempos y todos los lugares.

Habría aún mucho que decir acerca de la libertad, tan habitualmente evocada en estas páginas. En primer lugar, ¿de qué libertad se trata? ¿De la libertad de un pequeño número de expresar al conjunto de la población, o de la libertad para esta población de hacer entrar en razones a ese pequeño número de privilegiados? ¿De la libertad para los creyentes de imponer su dios y su moral a la sociedad entera, o de la libertad para esta sociedad de no admitir a Dios, ni su filosofía, ni su moral? La libertad es como “un llamado del aire”, decía André Breton, y, para cumplir con su cometido, en primer lugar, este llamado del aire debe barrer todos los miasmas del pasado que infestan este folleto. En tanto los fantasmas perversos de la religión y la patria continúen ofendiendo el aire social e intelectual bajo cualquier disfraz que adopten, ninguna libertad será concebible: su expulsión antes que cualquier otra cosa es una de las condiciones capitales para el advenimiento de la libertad. Todo “poema” que exalte una “libertad” voluntariamente indefinida, aún cuando no estuviese decorada con atributos religiosos y nacionalistas, en principio deja de ser un poema y en consecuencia constituye un obstáculo para la liberación total del hombre, porque lo engaña al mostrarle una “libertad” que disimula nuevas cadenas. Por el contrario, de todo poema auténtico se desprende un soplo de libertad completa y movilizadora, inclusive cuando esta libertad contribuye a la liberación efectiva del hombre, aunque no sea evocada en su aspecto político y social.

México, febrero de 1945.

*Traducción: Juan Carlos Otaño.*

(\*) “Le déshonneur des poètes”, publicado en México, febrero de 1945; reed. Pauvert, 1965.